

CARTA A LOS AMIGOS DEL DESIERTO

Manuel Tani

Queridos amigos, queridas amigas,

En momentos como este,* pocas cosas hay tan reconfortantes como escribir cartas a los más queridos amigos de toda una vida. Espero que ésta que os escribo os encuentre bien, y tan bellos como yo os llevo dentro de mí. Algunos de nosotros estarán viviendo con más sufrimiento estos días, pero la amistad, esto es, el estar más próximos que cualquier prójimo, hace que podamos compartir y por tanto aligerar este sufrimiento si así lo queremos. Simplemente porque, en virtud de la amistad, somos llevados sin esfuerzo a vivir con la vida del otro. En este enclaustramiento que nos ha tocado vivir, debemos permanecer abiertos como nunca antes al viento de la amistad, que es capaz, como sabemos, de soplar más allá de toda distancia.

Como quizá también vosotros habréis podido notar, nos encontramos, según los países, desde hace algunos días o semanas, sujetos a cuarentena en un tiempo que, por un azar que tiene algo de perturbador, es también el tiempo de la cuaresma. Tiempo tradicionalmente de introspección, de renuncia y, en fin, quizá, de reconciliación. Y ya que, quien me conoce lo sabe bien, siempre he pensado que no existe «la casualidad», sino que esta es solamente una manera de tranquilizarnos, una superstición mediante la cual nos obligamos a creer que lo que ocurre, la *manera* en que ocurre, no tiene ninguna significación para nosotros, he pensado que esta coincidencia forma parte del signo de los tiempos que están *aquí* y que somos llamados a interpretar.

* Carta fechada a las pocas semanas del inicio del confinamiento en Italia, 20 de marzo de 2020.

En los Evangelios se cuenta que, en aquel tiempo, Jesús fue «empujado» por el Espíritu al desierto durante cuarenta días y que ahí, en el tiempo de la ascesis, sufrió las tentaciones del demonio.

Es un tópico que se encuentra en varias historias contadas en el Antiguo Testamento, partiendo evidentemente de la aventurada travesía del pueblo judío huyendo de las persecuciones. Historias diferentes, pero que coinciden en señalar la «prueba» que el desierto es. Naturalmente, la vida de cada uno de nosotros ha tenido que atravesar períodos desérticos. No siempre fueron bien y nos dejaron su cicatriz, esta es al menos mi experiencia. Pero pensándolo bien, las veces en que hemos salido más fuertes, han sido precisamente aquellas que nos permiten aún estar vivos. La cosa excepcional y que de vez en cuando ocurre, como ahora, es que la prueba sea al mismo tiempo individual y colectiva, llegando a implicar a pueblos enteros si no a la entera humanidad.

Nosotros, que hemos escrutado siempre el flujo inexorable de la historia buscando los signos del acontecimiento que llegara a interrumpirla, no podemos ahora desentendernos de lo que está sucediendo. Un acontecimiento enorme ante el que nos damos cuenta de no disponer de suficientes palabras. De hecho, desierto es también la ausencia de palabras, de discursos, de confortable redundancia de los sonidos. Por otra parte, en hebreo, el término utilizado para «palabra», *dabar*, y el utilizado para «desierto», *midbar*, tienen la misma raíz; por lo que puede suponerse que, el hecho de que el desierto sea un lugar desprovisto de palabras, hace de él, por esa misma razón, el lugar más adecuado para la revelación de la Palabra como acontecimiento. Lo primero que hay que hacer entonces es disponerse a la escucha, hacer suficiente limpieza dentro de sí como para poder acoger el acontecimiento. ¿Pero para escuchar el qué? En una entrevista a una monja que he leído recientemente, ésta decía que la *obediencia* hay que comprenderla en su sentido etimológico, como *ob-audire*,

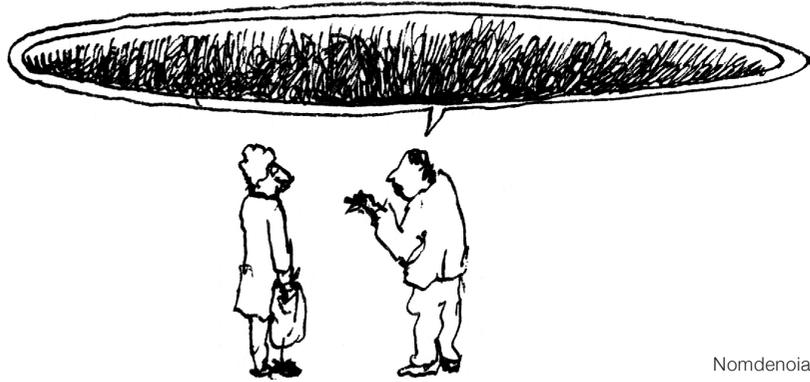
es decir, «escuchar delante, en frente de». «Escuchar la realidad» es el verdadero sentido del obedecer, concluye desde su clausura. Creo que es un ejercicio de este tipo el que este tiempo nos reclama.



MICROFILM
Au hasard Balthazar,
 Robert Bresson, 1966
 Andrei Rublev,
 Andrei Tarkovski, 1986

En el desierto no hay calles, ni senderos señalados que recorrer: es tarea de quien lo atraviesa orientarse y despejar una vía que le saque de ahí. No hay tiendas, ni fuentes de agua, ni plantas, y todo parece inmóvil porque en el desierto no hay producción, ni bares, ni centros sociales, no hay nada de todo eso que damos por descontado que debería haber en un lugar para considerarlo como «vivable». En fin, puede decirse que no hay en él nada de humano y por eso, en el libro del Deuteronomio, se dice que en el desierto hay una soledad aullante. Lo sé, ya sé que parece que gran parte de este tiempo que vivimos esté hecho esencialmente de este grito y de esta inhumanidad, y entiendo la desconfianza y el horror de los que a veces caemos cautivos y nos inducen a desesperar. La vulgaridad de mucha de la «música» que sale de los balcones en Italia estos días, al caer la noche, no consigue cubrir aquel grito, más bien es él quien lo cubre todo y de hecho, después de la euforia de los primeros días, es un rito que está ya desfalleciendo: muchos son los que comprenden que hay algo ahí que no suena *justo*. Volver a hacer de ese grito un canto depende de nuestra sensibilidad, es decir, de nuestro temple en acuerdo con el acontecimiento. No debemos

dejarnos arrastrar a la desesperación, ni endurecernos en la negación. Son muchas las maneras de desesperar y de negar, y a menudo aparecen como su contrario en la agitación de la que están hechas y que transmiten: no nos dejemos engañar. Escuchemos el canto de la realidad, precisamente.



Nomdenoia

Necesitamos pensar que, siempre en esos viejos libros, se cuenta que el jardín del Edén fue la primera victoria sobre el caos desértico, que de hecho fue plantado en el centro de un lugar donde nada había, ni arbustos ni hierba, ni un río ni ninguna otra cosa. Y, en efecto, ha permanecido inolvidable, ese jardín, como promesa de felicidad hacia la que tender: un lugar de abundancia donde no hay trabajo ni explotación y donde todo está en equilibrio con todo. Los pueblos han creído en sus mejores momentos que esta era la única existencia digna. Vencer en y sobre el desierto significa simplemente el acceso a la posibilidad de una vida más verdadera, más rica, más feliz y por tanto más libre.

En este preciso momento, cada uno de nosotros está viviendo su propia prueba y no es fácil distinguir la que soporta el cuerpo y la que soporta el espíritu, como tendemos normalmente a hacer. Ojalá sea esta, esta y no otra, mañana o quién sabe cuándo, la ocasión para reunir lo que habitualmente consideramos como escindido. Lo sabéis mejor que yo: la nuestra ha sido de principio a fin la civilización de la escisión. No le permitamos ahora que siga profundizándola más y más.

El desierto es el lugar de la *krisis*, en el sentido original de esta antigua palabra griega que sigue obsesionándonos: elección y decisión. ¿No pensáis entonces también vosotros, amigos míos, que hoy nos hemos visto todos «empujados» exactamente en esta dirección? ¿No ha llegado tal vez para todos nosotros el ineludible momento de la decisión?

¿Y no pensáis que se trata de una decisión que deberemos tomar juntos partiendo de sí; y no cada uno para sí sin tener en cuenta a los demás?

El desierto del que hablo es el lugar de la prueba, no porque sea un espacio vacío, sino por estar desprovisto de todas aquellas cosas que decoran artificialmente la existencia, todo aquello que la facilita y la adorna: se encuentra desprovisto así, de las distracciones que impiden cotidianamente a cada uno contemplar con claridad su propia vida. El desierto es por tanto el lugar que permite meditar, concretamente, sobre la propia vida en el mundo a partir de un lugar fuera del mundo en el más verdadero sentido: libre de lo superfluo, de todo lo que hemos creído necesario pero que repentinamente no lo es, ahora lo sabemos con seguridad, sencillamente porque jamás lo fue. Al contrario, el desierto nos hace sentir el deseo de todo lo que de verdad falta en nuestra vida. A lo largo del camino que nos abrimos en él con esfuerzo, sentimos la ausencia de la comunidad así como de la justicia y también de la gratitud, de la verdadera salud y, por supuesto, sentiremos también la ausencia de aquella persona a la que hemos excluido de nuestra intimidad sin comprender bien por qué, o que nos excluyó de la suya y a la que sin embargo, misteriosamente, seguimos amando. ¿Sed de amor? Diría que sí, en todos los sentidos posibles. Uno de vosotros, hace ya tanto tiempo, me dijo que no se podía ni tenía sentido hacer nada juntos sin haberse querido bien al menos un poco. No el bien abstracto de la ideología, sino aquel corpóreo y espiritual que se experimenta en el contacto. Desde luego, comprender en qué consiste este bien no siempre ha sido fácil y a menudo en lugar de hacernos bien nos hemos hecho daño. De hecho, los pocos seres que habitan de ma-



**VULL VIURE
NO TINC POR**

VA ANÒNIMS
ANÒNIMS

nera estable el desierto son siempre peligrosos: hienas y demonios. De Jesús, sin embargo, se dice que al final de la prueba incluso las fieras permanecían a su lado como si fueran corderos (¡el Edén!). Debemos pues aprovechar el momento para conseguir de una vez por todas comprender qué significa amarnos los unos a los otros sin utilizar los subterfugios, las absurdas mediaciones o la hipocresía con las que una y otra vez nos hemos llevado a confusión. Tengo la impresión, la certeza, de que en el momento en que toquemos esta realidad y la obedezcamos, entonces sí que lo «seremos todo» (*saremo tutto*).

Por eso el desierto es ese lugar en el que a través de las meditaciones y la prueba, se forma duraderamente el espíritu fuerte de un nuevo comienzo. Tenemos hoy la posibilidad, no de repetir un ritual como un paréntesis finalmente

insignificante para nosotros y para el mundo —y en cuanto a rituales cansados e inútiles, dejádmelo decir, somos grandes expertos—, sino de derribar al fin la membrana de la Historia que nos mantiene prisioneros de un sueño maldéfico. Ir *más allá*, como nos ha repetido a menudo un viejo sabio. En este momento ir más allá significa ir mucho más lejos que la pandemia, significa irnos juntos a otro plano de la existencia.

Templados por el desierto, con la fuerza espiritual adquirida a través de las privaciones y el desafío victorioso contra los demonios, podremos volver a presentarnos en el mundo con una potencia nueva que no es del mundo, esa que ahora sabe —como dice Jesús al demonio que le tienta una primera vez— que no se vive únicamente de pan, sino con y a través de la Palabra. La cual es más material que la materia. Las tentaciones a las que se ve sometido Cristo son las mismas de siempre: posesión, poder, manipulación. Materia que es menos que la materia. Son aquellas contra las que siempre hemos luchado: ¿Por eso nos hicimos amigos, os acordáis?

Es esa Palabra la que nos está trabajando estos días, cada uno en su lugar, cada uno en su enclaustramiento, cada uno en su desierto, cada uno con una diferente fatiga. Lugares que pueden ser los de una intimidad reconquistada y que, sin embargo, todos juntos, crean un único desierto inmenso que es como un gigantesco encuentro con la realidad. Porque el desierto del que hablo no consiste en las calles vacías de la metrópoli, que está siempre vacía y triste incluso cuando está repleta y todo transcurre rápidamente y nos enferma; sino en el espacio salvaje que nos expone a la Palabra y en el seno del cual luchamos uno a uno contra las tentaciones. Conozco casi todas las que en estos días me imagino que asaltan a la mayoría de vosotros, porque han sido y en parte son todavía también las mías. Sabéis a lo que me refiero. Una enseñanza decisiva del Jesús del desierto es, no obstante, aquella que sostiene que uno no dialoga con el demonio, nunca, porque una

vez que has aceptado hacerlo, por más astuto que te creas, permanecerás prisionero: su discurso, su retórica, su arte de la seducción son otras tantas rejas que se cierran sobre ti. Cuántas veces hemos visto a estas rejas alejar de nosotros para siempre a viejos amigos...

Día tras día, nuestras habitaciones se transforman en fragmentos de un páramo desértico, con sus animales salvajes, su profundo silencio, tan incomparablemente habitable, y sus presencias, que de ordinario no percibimos pues estamos demasiado atareados con una multitud de cosas en gran parte *inútiles*. El desafío es reconocer la presencia justa, la buena, aquella que cura, y expulsar la mala, aquella que te pone enfermo, que te miente para hacerte mentir, que te conmina a arrodillarte ante ella a cambio de más poder, de más cosas, de más mundanidad, de más reconocimiento, de más, de más, de más... El desierto hace ver lo posible y lo imposible.

El desierto es de hecho el lugar al que llegaron los primeros *monachoi*, los «solitarios», aquellos que se alejaron de un imperio de decadencia y de injusticia, primero unos pocos, pero después, mes a mes, año a año, se volvieron centenares y más tarde miles y empezaron así a vivir juntos, grupo a grupo, en el *cenobio*, palabra que no quiere decir otra cosa que aquello que nosotros mismos hemos siempre perseguido: lugar de vida común. También entonces, como hoy, fue una prueba que afectó tanto a las personas singulares como a la colectividad. Alrededor de los cenobios se formaron así otras comunidades y al final también ciudades, que de los cenobios recibían la fuerza espiritual. De aquellos solitarios que consiguieron ver, de su retirarse en el desierto, de aquellas comunidades donde todo era en común, nació así una nueva civilización. La misma que después se ha perdido a través de los siglos porque perdió el contacto con su verdad, arrodillándose desde hace tiempo ante los demonios del capitalismo, la misma que hoy está expirando. El problema es que quiere arrastrarnos con ella, en su infierno.

Esta civilización no termina a causa del coronavirus, creo que está muy claro para todos su carácter de epifenómeno, sino a causa de su arrogancia, de su insaciable rapacidad, de su injusticia, a causa de haber transformado el mundo en una gigantesca fábrica de muerte. ¿Qué otra cosa podía parir sino el demonio de la destrucción total, una civilización que ha elevado el dinero a nivel de ídolo absoluto y el poder al de fin último de toda cosa y de toda existencia?

Una vez fuera de la “emergencia” y de nuestro desierto, ya que debemos considerar siempre como transitorio el habitar en él, no debemos permitir que haya sido solo un paréntesis, lleno de sufrimientos y de muerte o incluso de descubrimientos y de momentos memorables, al que sigue a continuación el retorno a la normalidad de *antes*, porque es precisamente esta la que nos ha llevado al punto donde estamos y la que no puede continuar sino como ahondamiento de la destrucción. E incluyo en esta normalidad de antes también nuestras maneras de vivir, o mejor de sobrevivir y de engañarnos. Veo que muchos de nosotros están desesperadamente buscando reafirmar la propia normalidad. Así no va bien, con toda mi amistad: no vale la pena.

Pero tenemos que prestar atención también a la normalidad del *después*, que nos presentarán como la nueva *necesidad* hecha de prohibiciones, de ausencia de libertad y de un renovado egoísmo, y todo por *nuestro* bien. O aquella que improvisados profetas nos indicarán como la pasta del nuevo mundo, idéntico al de antes solo que con diferentes gobernadores.

Al contrario, deberíamos repetir el gesto de separación de los primeros *monachoi*: hacer secesión de la decadente civilización de la destrucción, construir nuestros cenobios, nuestras comunas. He pensado mucho últimamente en por qué aún no lo hemos hecho, por qué no hemos sido capaces, qué es lo que nos ha impedido hasta ahora intentarlo de nuevo; y no he sabido darme demasiadas respuestas

satisfactorias. Quizá alguien de entre vosotros conseguirá sugerirme alguna. Creo que estoy empezando a entrever respuestas que todavía no había considerado. Sea como sea este tiempo al cual hemos sido «empujados» por el Espíritu, merece, creo yo, una respuesta de verdad. Desde nosotros. Una que podría venir del silencio que estamos habitando, de la soledad que estamos viviendo, del mal contra el que estamos luchando. ¿Qué haremos, qué veremos, cuando salgamos del desierto?

El Nazareno, una vez fuera del desierto, anunció que el Reino estaba ya cerca. He interpretado siempre este *cerca*, no en el sentido temporal de un futuro no demasiado lejano y que nunca nadie ha podido justamente calcular, sino como algo que tenemos o que se encuentra *al lado*, tal y como se dice precisamente de nuestro prójimo. Sobre esta cercanía, no creo que nos hagan falta demasiadas palabras para entendernos.

Os mando un abrazo y espero que lleguen pronto noticias vuestras,

vuestro,
Marcello Tari

20 de marzo 2020

<https://quieora.ink/?p=4084>

Deberíamos repetir el gesto de separación de los primeros *monachoi*: hacer secesión de la decadente civilización de la destrucción, construir nuestros cenobios, nuestras comunas.

